

# Cincuenta y seis años de arqueología en *Estudios de Cultura Náhuatl*

Leonardo López Luján

A Miguel León-Portilla

La arqueología —esa “ciencia de las cosas antiguas” en palabras de Michael Shanks— ha estado presente desde el mismísimo volumen 1 de *Estudios de Cultura Náhuatl*, pese a que la vocación primordial de esta publicación sea, según se aclara en su página web, el estudio de “fuentes documentales de toda índole, códices y textos indígenas de importancia histórica, etnográfica, lingüística, o genéricamente cultural, en relación con los distintos pueblos nahuas, en los periodos prehispánico, colonial y de México independiente”. Tal presencia, para quien le gusten las estadísticas, se corrobora fácilmente al recorrer los índices de la revista, donde se enlistan 69 artículos (10.4 por ciento de un total de 664) entera o parcialmente consagrados a la arqueología, además de 25 reseñas (13.4 por ciento de un total de 186) y seis obituarios (22.2 por ciento de un total de 27), lo que resulta exactamente en un nada despreciable centenar de títulos (de un total de 996) que suman 1 783 páginas.

Una rápida revisión de los índices de *Estudios de Cultura Náhuatl* nos permite vislumbrar asimismo la riqueza y diversidad de dicho “corpus arqueológico”, además de la clara predilección por ciertas posiciones teóricas, metodologías y temáticas. De inmediato se percibe, por ejemplo, la preferencia por los análisis iconográficos de monumentos escultóricos aislados o grupos de ellos, en aras de develar ya su contenido histórico y simbólico, ya sus valores estéticos. Son igualmente recurrentes las pesquisas sobre los centros urbanos, por lo general acerca de sus recintos ceremoniales, lugares en que suelen concentrarse los más excelsos templos piramidales, plazas, adoratorios y tumbas. Algo semejante se puede decir de las expresiones intelectuales más sofisticadas del mundo prehispánico como son la escritura, las matemáticas, el calendario y la astronomía, las cuales son examinadas con frecuencia. Por el contrario, resultan escasos o prácticamente inexistentes los artículos sobre teorías sustantivas o arqueológicas de rango medio y su aplicación a las sociedades nahuas, análisis regionales, reconocimientos de superficie, patrones de asentamiento, excavaciones en sitios rurales o áreas urbanas periféricas,

ciencia de materiales aplicada al estudio de artefactos, arqueología del periodo colonial, etnoarqueología o arqueología experimental.<sup>1</sup>

En el presente artículo emprenderemos una revisión a vuelo de pájaro de las cuantiosas y muy variadas contribuciones sobre arqueología que han sido publicadas en *Estudios de Cultura Náhuatl* desde el volumen 1 hasta el 49. Con el fin de simplificar nuestra exposición, agruparemos los artículos temáticamente, comenzando por aquellos relativos a la historiografía de esta disciplina y siguiendo desde las perspectivas más amplias hasta los enfoques más específicos.

## LA ARQUEOLOGÍA PRECIENTÍFICA

El inesperado resurgimiento en el aquí y el ahora de los testimonios materiales de mundos desaparecidos nos intriga a todos, nos seduce y muchas veces nos incita a aventurarnos en inciertos viajes hacia el pasado en busca de su comprensión. Cualquier vestigio de la antigüedad, por más pequeño que sea, invoca tanto a nuestra razón como a nuestra imaginación. Obviamente, las sociedades que nos han precedido —sean las del México prehispánico, colonial o independiente— experimentaron una fascinación por lo arqueológico semejante a la nuestra. Así lo demuestran los siete artículos publicados en *Estudios de Cultura Náhuatl* que tratan de quienes Miguel León-Portilla ha llamado los “protoarqueólogos” de una era precientífica. En dos de dichas contribuciones, una del propio León-Portilla (2008) y otra de Leonardo López Luján y Alfredo López Austin (2007), se habla del profundo interés que los mexicas y sus contemporáneos sintieron por las ruinas de Tula-Xicocotitlan. La primera subraya el hecho incontrovertible de que ésta es la primera metrópoli del altiplano central de la cual existen referencias escritas. Algunos de los textos que la describen cuando ya había sido abandonada nos informan sobre las asiduas visitas de la gente del Posclásico tardío y sobre los materiales arqueológicos que encontraban a su paso en

1 El lector interesado en estos temas tendrá que recurrir a otras revistas para alcanzar una perspectiva global, principalmente a publicaciones periódicas mexicanas como la *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, los *Anales de Antropología*, los *Anales del INAH*, el *Boletín del INAH*, *Arqueología* o *Arqueología Mexicana*, y extranjeras como *Latin American Antiquity*, *Ancient Mesoamerica*, *Mexicon*, el *Journal de la Société des Américanistes* o la *Revista Española de Antropología Americana*, entre otras.

tales ocasiones. En la segunda se describen las prácticas aditivas (enterramiento de dones, inhumación de cadáveres, construcción de adoratorios) y sustractivas (remoción de monumentos, extracción de antigüedades de sepulturas y ofrendas) de los mexicas en la Tula arqueológica, así como la reutilización de reliquias toltecas y la imitación/recreación de esculturas, pinturas murales y edificios de ese estilo en Tenochtitlan. En ambas investigaciones queda claro cómo se fundían y confundían las imágenes mítica, legendaria e histórica de Tollan con la realidad de la capital mexicana para que esta última justificara su hegemonía política en tanto heredera y sucesora de la gloriosa metrópolis de Quetzalcóatl.

Otros artículos de corte historiográfico aparecidos en la revista abordan como temas el coleccionismo en el siglo XVI, las expediciones de los ilustrados en el siglo XVIII y los debates entre anticuarios que sentaron las bases de la disciplina. En una investigación reciente, Davide Domenici y Laura Laurencich Minelli (2014) identifican al dominico Domingo de Betanzos como el portador de un rico conjunto de artefactos y códices mexicanos que fue obsequiado al papa Clemente VII en Bolonia el año de 1533. Se trataría de uno de los más tempranos cargamentos de este tipo en llegar a Europa, el cual incluía las dos famosas empuñadoras de cuchillo sacrificial y la máscara de nariz larga que hoy forman parte de los acervos del Museo Pignorini de Roma y también, al parecer, los códices *Borgia*, *Vindobonensis* y *Nuttall*.

En un par de entregas, Roberto Moreno de los Arcos (1972, 1976) da a conocer las notas redactadas por José Antonio Alzate para la malograda edición española que Antonio Sancha proyectaba de la *Storia Antica del Messico* de Clavijero. Estas notas, escritas por el polígrafo hacia 1789-1790 y que permanecieron inéditas por cerca de 200 años, son ricas en información arqueológica. Alzate se refiere, entre otras muchas cosas, a su exploración pionera de las ruinas de Teotihuacan en 1789; sus inspecciones de montículos funerarios en Calpulalpan, Cuautla, Chimalhuacan, Chalco y Tepepan; sus visitas a los vestigios de instalaciones militares en Otoncalpulco, Xochicalco y Acapetlahuayan; la confección de varios instrumentos musicales prehispánicos; la colección arqueológica de un tal José de Flores y la propia.

En otro artículo, López Luján (2011) discute el impacto que a fines del mismo siglo tuvo el descubrimiento fortuito del monolito de la Coatlicue. Lo hace a partir del análisis de un par de expedientes hasta ahora inéditos del Archivo Histórico del Gobierno del Distrito Federal y de la controversia en torno al significado de este complejo monumento que Alzate, Antonio de León y Gama, José Ignacio Borunda y Océlotl Tecuilhuitzintli ventilaron en

las dos principales gacetas de la ciudad de México y en un par de tratados eruditos.

La última contribución sobre el tema es la divertida reseña que Ascensión Hernández de León-Portilla (1994) hace de la visita que José Fernando Ramírez le rindió a Alexander von Humboldt en su domicilio de Postdam en 1855. En tan memorable entrevista, que apenas duró media hora, abordaron el tema de la arqueología mexicanista: el sabio prusiano recordó entonces que él “había sido el creador de este interesante ramo de las ciencias históricas”, a lo cual Ramírez asintió “con gran placer”. Claro está que ambos pasaron por alto las obras de los ya mencionados León y Gama, Alzate y Guillermo Dupaix, de las cuales Humboldt abrevó sin cortapisa para la preparación de su *Ensayo...* y, sobre todo, de sus *Vistas...*

#### LA ARQUEOLOGÍA CIENTÍFICA: MODELOS Y DEFINICIONES

Como hemos mencionado líneas arriba, no son comunes en *Estudios de Cultura Náhuatl* las perspectivas generales sobre la estructura y el funcionamiento de las sociedades mesoamericanas. De hecho, tan sólo tres artículos atacan este asunto que consideramos de primer orden para la arqueología. En el más antiguo de ellos, Ignacio Bernal (1960) examina el modelo de desarrollo de las civilizaciones propuesto por Arnold Toynbee en su monumental *Estudio de la historia*, criticando la aplicación que el filósofo británico hiciera al caso mesoamericano por el empleo de información anticuada. Tras la crítica Bernal emprende por su cuenta el mismo ejercicio, aunque pertrechado de datos actualizados con los que trata de encontrar en la historia prehispánica la sucesión unilineal de los estadios toynbianos de “surgimiento”, “crecimiento”, “de dificultades”, “universal” y “de colapso”. Llega así a la conclusión de que el uso del modelo no sólo es viable, sino que el ciclo se repite en dos ocasiones en la historia prehispánica: del Preclásico olmeca al Clásico maya y teotihuacano, y del periodo tolteca al mexica.

Años más tarde, Bernal (1965) realizaría otro ejercicio, éste de definición, al tratar de esclarecer si Teotihuacan era realmente una ciudad y si encabezaba un imperio. Al primer interrogante responde positivamente, basado en indicadores arqueológicos obtenidos recientemente en sus propias exploraciones de la ciudad y en las del valle por los equipos de René Millon y William Sanders: el asentamiento ocupa una superficie gigantesca; proliferan no sólo los palacios, sino también residencias de talla mediana y simples

chozas, y hay testimonios de una marcada estratificación social, división del trabajo, pujante producción artesanal, comercio exterior a gran escala y un refinado estilo artístico. De manera concomitante, Bernal ve en Teotihuacan una capital imperial que, como exige la definición, ejerció su poder sobre numerosas regiones de Mesoamérica, las cuales eran originalmente soberanas y diversas entre sí en los planos étnico y lingüístico. En este caso, corrobora su aserto en testimonios materiales de la presencia comercial, militar y religiosa teotihuacana en buena parte de Mesoamérica, así como en evidencias iconográficas de guerra y sacrificio humano en la propia ciudad.

Otro artículo de similar género es el de Michael Smith (1983), quien recurre a la entonces en boga teoría de sistemas y al análisis regional para criticar el conocido modelo de Michael Logan y William Sanders sobre las sociedades prehispánicas de la Cuenca de México. En él proponen que la presión demográfica fue la causa primaria de la complejidad social y los peculiares patrones políticos que se sucedieron en la región. En cambio, para Smith el desarrollo económico y la expansión del imperio mexica se deben a un complicado proceso en el que interactuaron recíprocamente al menos cinco factores: la urbanización y el incremento de la complejidad social, el aumento demográfico, la centralización política, la intensificación agrícola, y la intensificación del intercambio y el comercio. El autor aclara al final que su modelo es tentativo y que queda sujeto a una futura corroboración fáctica.

## ESTUDIOS REGIONALES E INTERREGIONALES

Ahora pasemos revista a un grupo de cuatro artículos que intentan reconstruir patrones de interacción social entre superáreas, áreas, regiones o subregiones. El de mayor escala se debe a la pluma de Johannes Neurath (1994), quien intenta demostrar la existencia hacia 1200-1300 d. C. de contactos comerciales esporádicos entre los cacicazgos de *moundbuilders* del sureste de los Estados Unidos y las sociedades huastecas del noreste mesoamericano. Se basa en la existencia de prácticas rituales compartidas como el sacrificio por flechamiento de individuos atados a andamios, el desuello de cadáveres sacrificiales y la renovación del fuego. Sin embargo, considera pruebas mucho más importantes de tal interacción ciertas representaciones *moundbuilders* de individuos que sujetan abanicos y cabezas cortadas, de personajes ataviados como aves, de manos pintadas sobre el rostro, de ojos bifurcados y de serpientes entrelazadas, todas ellas con correlatos en el arte de Mesoamérica.

De manera análoga, aunque a una escala menor, Carlos Navarrete (1976) aduce un proceso de mexicanización entre los mayas del altiplano y la vertiente pacífica de Guatemala, así como de zonas adyacentes de Chiapas y El Salvador, fenómeno que habría acontecido antes de la conquista española. Sería consecuencia, explica, de una penetración comercial y militar por parte de los mexicas y otros pueblos del Centro de México. Navarrete intenta probarlo arqueológicamente con una larga serie de rasgos culturales compartidos, entre ellos el carácter defensivo de los centros ceremoniales, los templos dobles sobre plataformas sencillas, las escalinatas dobles, las alfardas con dado, las pinturas y los relieves en estilo similar al Mixteca-Puebla, el *chacmool*, la *xiuhcoatl*, la llamada cerámica azteca, las jarras Tláloc, los cráneos con cuchillos insertos en la boca o la nariz, y los artefactos de travertino y turquesa.

En un ámbito más circunscrito aún, Stanislaw Iwaniszewski (1986) estudia el culto posclásico a Tláloc que era compartido por las sociedades del Centro de México y que se manifestó a través de la proliferación de santuarios no habitacionales ubicados por encima de la cota de 3200 metros sobre el nivel del mar. En este artículo se levanta un útil censo de los sitios de alta montaña descubiertos desde el siglo XIX en eminencias como el Iztaccíhuatl, el Popocatepetl, el Cerro Tláloc, el Nevado de Toluca, el Cerro de la Malinche, el Ajusco, La Malinche de Tlaxcala y el Pico de Orizaba. Tales santuarios suelen hallarse en las cumbres, en los flancos orientales de las montañas, en cuevas, lagos, manantiales o arroyos. Citemos por último el artículo de Hervé Monterrosa y Edgar Pineda (2006), donde examinan con detalle los topónimos de cinco señoríos de la región Chalco-Ameca, tarea que se revela como una valiosa fuente de información sobre los rasgos morfológicos, edafológicos, geográficos, culturales e históricos de los parajes que nombran.

#### EXPLORACIONES DE SITIOS Y DE SEGMENTOS DE SITIOS

En *Estudios de Cultura Náhuatl* también están representadas las investigaciones a escala de sitio o de segmento de sitio. En nuestro censo hemos dado con seis títulos alusivos al asentamiento rural de Cerro Gordo en el Valle de Teotihuacan, al sitio acolhua de Tetzcotzinco y a la ciudad insular de Tenochtitlan. En lo que respecta al primero de ellos, Susan T. Evans (1989) emprende un reconocimiento de superficie en 1977 para comprender la adaptación de sus habitantes a los ambientes natural y sociopolítico. La autora

llega a la conclusión de que, en el Posclásico tardío, el asentamiento de Cerro Gordo ocupaba 114 hectáreas y se componía de 140 terrazas agrícolas sobre las que se asentaban 194 montículos. Allí habitaban alrededor de 1000 individuos dedicados mayormente al cultivo del maguey y a la producción pulquera. A partir de información de carácter histórico, infiere que los montículos de mayores dimensiones habrían servido como templos, escuelas y residencias de los caciques, en tanto que los menores se habrían utilizado como viviendas, bodegas y talleres de los campesinos.

En lo tocante al Tetzcotzincó, Patrick Lesbre (2001) hace una interesante y muy productiva confrontación entre datos históricos y arqueológicos. En pocas palabras, encuentra que en la obra escrita de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl se describe el sitio como un jardín puramente recreativo —colmado de flores, árboles, aves canoras, fuentes y conductos de agua—, igualándose así con los vergeles señoriales del mundo antiguo o de la Europa renacentista. De manera sugestiva, el cronista indígena omite intencionalmente toda mención de templos e imágenes divinas talladas en piedra —cuyos vestigios aún subsisten— para librar así a sus ancestros de cualquier acusación de idolatría.

A Tenochtitlan están dedicados varios trabajos. Marcos Mazari, Raúl J. Marsal y Jesús Alberro (1989) hacen un largo estudio de mecánica de suelos en el centro histórico de la ciudad de México. Su principal descubrimiento reside en que los tenochcas no construyeron sus pirámides sobre un terreno natural, sino encima de un amplio relleno artificial de 11.5 metros de espesor, el cual emergía unos 5 metros por encima del espejo de agua. Una investigación de López Luján, en compañía de Jaime Torres y Aurora Montúfar (2003), revela que la mayor parte de los materiales constructivos empleados por los mexicas en sus edificaciones religiosas eran obtenidos en yacimientos de la Cuenca de México que llegaban prácticamente hasta las riberas del sistema lacustre y a unos cuantos kilómetros de la isla de Tenochtitlan, lo que facilitaba enormemente su acarreo. Entre los materiales más socorridos por los arquitectos indígenas se identificaron el basalto, el tezontle, las andesitas, la tierra del lecho lacustre o de zonas pantanosas, y la madera de los bosques de coníferas circundantes.

En dos artículos, Matos Moctezuma (1984, 1992) se da a la tarea de describir el recinto sagrado de Tenochtitlan a partir de los datos generados por sus propias excavaciones. En uno de ellos puntualiza las características, la distribución y la simbología de los edificios A, B, C, D y E (la Casa de las Águilas), de los cuales muy poco se menciona en las fuentes históricas.

Encuentra, por ejemplo, que no hay una simetría absoluta en la distribución de los adoratorios que flanquean al Templo Mayor; así sucede en el caso del Edificio B, relacionado con el Mictlan y el septentrión, el cual no tiene contraparte meridional por razones obvias. También descubre que el límite perimetral del recinto sagrado no es un muro de serpientes, sino una anchurosa plataforma en la que se suceden escalinatas y alfardas. En su otro artículo, Matos Moctezuma nos relata los propósitos de la fundación del Programa de Arqueología Urbana en 1991, el cual tiene como misión analizar la dinámica de ocupación en el área a lo largo de siete siglos, registrando la transformación en los usos del suelo desde la fundación de Tenochtitlan hasta nuestros días.

#### INVESTIGACIONES SOBRE EDIFICACIONES Y RASGOS ARQUEOLÓGICOS

En este grupo se incluyen nueve artículos consagrados a edificios y rasgos arqueológicos (bienes culturales inmuebles) tales como templos, dispositivos calendáricos, astronómicos y matemáticos, tumbas y pinturas murales. Comencemos por Franz Tichy (1990), quien explica en su texto cómo ciertas obras arquitectónicas y monumentos escultóricos mesoamericanos hacían las veces de “calendarios de orientación”: aislados o en conjuntos eran alineados hacia los puntos específicos del horizonte donde el Sol nace o se pone en los solsticios y los días de su paso cenital. De esta forma, quedaban fijadas materialmente las divisiones del tiempo cíclico a partir de eventos resultantes del movimiento anual del Sol.

Tiempo después, Rubén Morante (1996, 1997) examina dos conjuntos de dispositivos del clásico teotihuacano ubicados al sureste la Pirámide del Sol. Discute, por un lado, las cuevas astronómicas excavadas por el equipo de Rubén Cabrera a principios de los años ochenta, donde fueron recuperados fémures humanos con perforaciones en las epífisis. Morante propone, a través de la arqueología experimental, que estos huesos pudieran haber servido como peldaños de escaleras colgantes y haber estado así muy a tono con el simbolismo del inframundo. Por otro lado, analiza las 46 cruces puntuadas descubiertas por Matos Moctezuma en la parte externa de la plataforma de la mencionada pirámide. A las interpretaciones de estas cruces como tableros de juego, marcadores geodésicos, instrumentos astronómicos y esquemas cósmicos, Morante suma la de ábaco vigesimal para realizar cálculos administrativos, astronómicos y calendáricos.

El tema de los depósitos funerarios también ha sido socorrido en la revista, pero no con respecto a las grandes urbes del Centro de México. Bernal (1963) publica aquí nuevamente la tumba cruciforme 3 del Grupo Sur de Mitla, excavada por él, Lorenzo Gamio y Guy Stresser-Péan de 1960 a 1961. Resalta su decoración de grecas y motivos serpentiformes, así como su magro contenido de huesos de ave, cuentas de caracol y piedra verde, navajillas de obsidiana y vasijas miniatura. A partir de la estratificación y de la fecha radiocarbónica de  $1\ 110 \pm 110$ , infiere que la tumba data de las fases más antiguas del asentamiento. En un artículo semejante, Ana María Jarquín y Enrique Martínez (2004) reportan un par de tumbas del sitio nahua de la Campana, Colima. La número 9 es la más interesante y data del Clásico. Su acceso estaba marcado por catorce esculturas de sapo que rodeaban un quincunce compuesto por una piedra azul y cuatro blancas. Debajo de este depósito los autores hallaron un pasillo escalonado que conducía a una cámara elíptica. En su interior había recipientes, braseros y una perra bermeja de cerámica, así como efigies de serpientes emplumadas, una figurilla masculina con el miembro erecto y atados de huesos largos de varios individuos. A su juicio, el conjunto funerario evoca el mito en que el dios Quetzalcóatl mezcla los huesos preciosos con su sangre para crear a la humanidad.

El subconjunto de artículos sobre pintura mural es un poco más nutrido: cuatro se dedican a los sitios prehispánicos de Hueyapan, Tenochtitlan y Ocotelulco, en tanto que uno más nos habla del Tlatelolco de las primeras décadas de la colonia. El texto referente a Hueyapan es obra de Antonieta Espejo (1963), quien emprendió un viaje al norte morelense para registrar la narración en lengua náhuatl de una ceremonia de petición de lluvias. Poniendo en relieve la enorme continuidad cultural en la región, consigna un grupo de pinturas rupestres plasmadas en el cantil Texcalpintado de la barranca de Amatzinac. De ellas da a conocer un dibujo en el que se observan *tlaloque*, animales y lo que pudiera ser el topónimo de Hueyapan.

En otra contribución, López Luján, Giacomo Chiari, López Austin y Fernando Carrizosa (2005) centran su atención en las pinturas murales y esculturas policromadas del recinto sagrado de Tenochtitlan. Definen la composición química de los cinco colores de la paleta pictórica mexicana, hacen registros espectrofotométricos y reconstituyen el color original de los monolitos del Templo Mayor, lo que los lleva a detectar una oposición cromática azul-norte/ocre-sur entre las dos mitades del Templo Mayor. En su análisis estilístico de los murales, observan que se ajustan a la definición de Donald Robertson de las escuelas mixteca y nahua, pero que carecen del mayor

naturalismo que según H. B. Nicholson y Elizabeth Boone caracterizaría al subestilo o subtradición azteca. Esto se debe seguramente a que dichas pinturas son anteriores al reinado de Tízoc, época en la que el arte mexica aún no había dado ese salto hacia el realismo.

Sylvie Peperstraete (2006) hace un ejercicio semejante, concluyendo que los murales de Ocotelulco son más próximos al *Códice Borgia* por su iconografía referente a la oscuridad, la noche, la humedad, el sacrificio y la fertilidad, que por su realización menos diestra. Apoya así la tesis de Caso y Eduardo Noguera sobre el origen tlaxcalteca del código. Completa este conjunto temático la descripción de Salvador Guilliem (2007) de su hallazgo de 2001 en el colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. Se trata de una receptoría de agua potable que nutría la república de indios de Santiago Tlatelolco en el siglo XVI. Bajo el auspicio de los franciscanos, los tlacuilos indígenas pintaron en tres de sus muros un exuberante ambiente lacustre, poblado de plantas, peces, aves, felinos y personajes en canoa. Por su estilo, tiene grandes analogías con los códigos *Cozcatzin* y *Florentino*, con la *Historia tolteca-chichimeca* y el *Plano de Upsala*.

## ANÁLISIS DE ECODATOS Y ARTEFACTOS

En el nivel más simple de análisis se encuentran los ecodatos y los artefactos. Los primeros se definen como materiales orgánicos que no han sido transformados por la mano del hombre, pero que tienen un significado arqueológico al compartir los mismos contextos de enterramiento que los artefactos e informarnos cómo interactuaban las sociedades humanas con el ambiente natural. De manera complementaria, los artefactos son objetos arqueológicos culturales (bienes muebles), es decir, creados por los seres humanos. Ambos tipos de testimonio material son fundamentales para reconstruir las actividades del pasado, sobre todo cuando se combinan formando patrones específicos de distribución espacial. Reseñemos a continuación los doce artículos sobre el tema.

López Luján, Ximena Chávez, Belem Zúñiga, Alejandra Aguirre y Norma Valentín (2012) hacen un balance de más de tres décadas de investigaciones arqueozoológicas en el Templo Mayor, a lo largo de las cuales se han publicado estudios sobre los aspectos biológicos (identificación taxonómica, número mínimo de individuos, talla, sexo, edad, patologías), ecológicos (hábitat, distribución geográfica, tamaño de las poblaciones), tafonómicos (transfor-

mación de los individuos en los contextos de enterramiento) y culturales de los animales ofrendados (preferencias por ciertas especies; lugares, formas y épocas de obtención de la fauna viva o muerta; mecanismos de circulación y técnicas de cautiverio; técnicas de sacrificio y de modificación de cadáveres; usos y significados de cada grupo zoológico; taxonomías indígenas). Enfatizan el uso combinado de la información biológica, arqueológica e histórica como un instrumento poderoso para comprender las relaciones entre los mexicas y los animales a lo largo del tiempo.

La única contribución en el campo de la antropología física se debe a Juan Comas (1967), quien realiza el estudio antropométrico de un cráneo donado en 1854 al Museo del Hombre de París por un médico belga que residía en San Cristóbal de las Casas. Lo curioso del caso es que, debido a que el cráneo presentaba una fractura en el hueso frontal, había sido atribuido a Motecuhzoma Xocoyotzin, quien según la mayoría de las versiones murió a consecuencia de una pedrada propinada por sus súbditos. Sin embargo, Comas no sólo observa que el cráneo es moderno, sino que la fractura, producto de una muy fuerte concusión causada por un sable o un hacha metálica, no causó la muerte del individuo y que el hueso sanó después de una lenta cicatrización.

Como es bien sabido, la cerámica es una de las industrias favoritas de los mesoamericanistas, dada su abundancia, su durabilidad y la gran diversidad de información que ofrece sobre sus creadores y sus usuarios. Esto se evidencia en los seis artículos sobre el tema aparecidos en *Estudios de Cultura Náhuatl*. Especialmente interesante es el de Janet Long (2008), pues nos explica que uno de los elementos definitorios del inicio del tiempo mesoamericano es la invención de la tecnología cerámica y, en particular, de instrumentos para la preparación de alimentos. Entre ellos destacan la olla, el comal, el molcajete y, sobre todo, la pichancha para nixtamalización, proceso que permite que el maíz se vuelva fácil de digerir y aumente su valor proteico, además de la presencia de calcio, fósforo, hierro y niacina.

Séjourné (1959, 1962) aporta dos artículos a la cuenta. En el más antiguo de ellos examina las muy numerosas figurillas que recuperó en sus excavaciones de Zacuala, Teotihuacan, en 1955. Al confrontarlas con documentos históricos del siglo XVI, crea una enigmática clasificación que subdivide su corpus en rostros antropomorfos (humanos y divinos, arcaicos con prognatismo), imágenes de comerciantes (que hoy se identifican como de guerreros) y de la diosa Xochiquétzal. El segundo artículo es más ambicioso, pues establece una armazón cronológica a partir de los tepalcates de

Culhuacán, Tenayuca y Tula, la cual le sirve a Séjourné para proponer que la Tollan primordial no es la de Hidalgo, sino la de Teotihuacan. A su juicio, la cerámica azteca hunde sus raíces en el altiplano hasta el periodo Clásico y no resulta de una tradición chichimeca septentrional.

Otras dos contribuciones sobre el tema se centran en la llamada cerámica azteca. Eneida Baños (1993) excava numerosos pozos en la ciudad de México entre 1984 y 1987 con el fin de conocer la configuración y la extensión del antiguo asentamiento insular de Tenochtitlan-Tlatelolco y en particular de sus zonas habitacionales. Constanza Vega (1984) realiza una seriación iconográfica de 117 vasijas descubiertas por Noguera en la antigua Plaza del Volador. Propone que los glifos de los rumbos del universo, el movimiento, el día, la flor, la greca escalonada y la espiral desdoblada están todos relacionados con cuerpos y fenómenos celestes. En su opinión, la decoración plasmaría el cosmos según la visión nahua: una superficie terrestre rectangular, alrededor de la cual giraba continuamente el Sol pasando por el este, el cenit, el oeste y el inframundo, y marcando con ello la sucesión de días y noches.

En *Estudios de Cultura Náhuatl* también hay artículos sobre objetos únicos de cerámica. Tenemos el de Doris Heyden (1984) relativo a dos ollas Tlálóc policromas halladas en las ofrendas 21 y 56 del Templo Mayor. La autora propone que ambas proceden del Valle de Puebla-Tlaxcala debido a que las anteojeras y el óvalo que encierra la boca del dios presentan rayas y círculos semejantes a las marcas serpentina diagnósticas de las deidades del agua y la fertilidad en el *Códice Borgia*. Por su parte, Carmen Aguilera (1971) se interesa en una cabecita antropomorfa de las colecciones del Museo Nacional de Antropología. Por su cabello rizado, frente abombada, tez oscura y labios gruesos había sido identificada como un individuo negroide. La autora, sin embargo, propone que se trata de una deidad perteneciente al complejo de Tezcatlipoca, quizás Choncáyotl, Ixtlilton o Tzípitl.

Otras industrias representadas en la revista son la plumaria y la metalurgia. Laura Filloy, Felipe Solís y Lourdes Navarizo (2007) nos ofrecen un estudio de una pieza única: un mosaico discoidal de plumas de 28 centímetros de diámetro que procede de algún lugar ignoto de Hidalgo y que ingresó a las colecciones del Museo Nacional de Antropología en 1939. Como aportación principal, los autores identifican los materiales del objeto: el soporte es de algodón y el adhesivo de cera de abeja, en tanto que las plumas café son de pato golondrino, las negras de zanate mexicano, las rojas de guacamaya, las amarillas de tordo y las azules de cotinga. En lo que respecta a los

metales, Elizabeth Baquedano (2005), basada en las pictografías, los documentos escritos y los contextos arqueológicos, discute las conexiones simbólicas del oro con las deidades agrícolas y los depósitos funerarios de gobernantes y guerreros de alto rango. Por su parte, López Luján y José Luis Ruvalcaba (2015) analizan la totalidad de la colección de oro del Proyecto Templo Mayor a la luz de la información histórica, arqueológica y química, con el fin de ofrecer nuevas ideas sobre su cronología, tecnología, tipología, función, significado, tradición orfebre y “zona geográfica de uso” en el Centro de México durante el Posclásico tardío. Entre otras cosas, llegan a la conclusión de que el oro producido en Tenochtitlan y Azcapotzalco es diferente en todo sentido al oro mixteco.

#### ICONOGRAFÍA DE LAS MANIFESTACIONES ESCULTÓRICAS

De manera sorprendente, 27 de los 69 artículos sobre arqueología publicados hasta la fecha en *Estudios de Cultura Náhuatl* tienen como objeto el arte escultórico de los mexicas y sus contemporáneos. Trátese de monumentos aislados o de conjuntos plásticos enteros, sean de piedra o de cerámica, casi todas estas manifestaciones proceden de las ruinas de Tenochtitlan, aunque también las hay de Míxquic, Tlalmanalco, Amecameca, Tepoztlán, Teotenango, Orizaba y otros sitios mesoamericanos mayoritariamente del periodo Posclásico tardío. Uno de los problemas que más interesan a los autores de este amplio grupo de contribuciones es develar las funciones y los significados de obras que por lo regular se asocian al poder político y militar, a la religión y el ritual o al calendario y la cosmovisión. Metodológicamente, predominan las identificaciones iconográficas apuntaladas en comparaciones con imágenes plasmadas en otro tipo de soportes —cerámica, madera, metal, códices y pintura mural—, con descripciones textuales contenidas en documentos del siglo XVI y con estudios modernos.

Algunos artículos intentan ofrecer nuevas explicaciones a viejas incógnitas sobre monumentos mundialmente conocidos. Navarrete y Heyden (1974), por ejemplo, suman esfuerzos para plantear que el rostro esculpido en el centro de la Piedra del Sol no representa a Tonátiuh como todos los enterados lo afirman, sino a un Tlaltecuhli mirando hacia el cielo, lo que iría en consonancia con el sentido global de este monumento dedicado al Quinto Sol, el de Movimiento de Tierra. Por su parte, Jorge Gurría Lacroix (1978) se percata de que la fisonomía y los atributos de la Coatlicue y la

Yolotlicue coinciden al pie de la letra con la descripción que el conquistador Andrés de Tapia hiciera de las imágenes que coronaban el Templo Mayor: dos ídolos de casi tres varas de alto (2.5 metros), el ancho de un buey, tallados y bruñidos en piedra de grano, con ceñidores de serpientes, collares de corazones y un cráneo en la parte posterior de la cabeza.

En fechas más recientes, Emily Umberger (1998) revisita la Piedra de Tízoc y concluye, entre otras muchas cosas, que la cara superior de este cilindro podría deber su desgaste a la disolución química ocasionada por la sangre sacrificial; que los vencedores esculpidos en el canto visten como toltecas y los vencidos como chichimecas, y que el glifo de cada escena de conquista aludiría al concepto de “pertenencia ciudadana” a una entidad política o territorio y, simultáneamente, al gobernante, la deidad o el guerrero genérico de dicha entidad. En otra contribución, la misma autora (Umberger, 1984) retoma antiguas hipótesis de Ramón Mena y Gordon Ekholm para afirmar que el *Teocalli* de la Guerra Sagrada hacía las veces de trono imperial y que Motecuhzoma Xocoyotzin mandó plasmar en él su efígie vestida como Tezcatlipoca para rememorar el Fuego Nuevo de 1507. Cecelia Klein (1984) también escribe sobre el *Teocalli*; coincide con la idea de Nicholson y Richard Townsend de que las cuatro figuras antropomorfas talladas en sus costados no representan a divinidades, sino a sacerdotes que las personificaban y que jugaban papeles protagónicos en las grandes festividades. A su juicio, al menos una de ellas corresponde iconográficamente a los chachalmechas, sacerdotes ofrendadores del fuego cuya tarea era sujetar a las víctimas cuando se les extraía el corazón. Finalmente, Charles Wicke (1984) examina el Monumento del Acuecuécatl y sugiere que Ahuítzotl se hizo retratar ahí en cuatro ocasiones como Quetzalcóatl, Tláloc, Tezcatlipoca y Xiuhtecuhtli con el objeto de significar las cuatro direcciones del mundo y dejar memoria de la inauguración del acueducto de Coyoacán.

Otros conocidos ejemplos del arte escultórico de la Cuenca de México son objeto de escrutinio en igual número de investigaciones publicadas por los historiadores del arte Justino Fernández (1959, 1963, 1966) y Jorge Alberto Manrique (1960). Nos referimos, respectivamente, al Xochipilli de Tlalmanalco que fuera propiedad de Alfredo Chavero, a la cabeza de diorita de Coyolxauqui encontrada en unas casas del Convento de la Concepción en la ciudad de México, al Tlaltecuhтли masculino esculpido en la cara inferior de la Coatlicue y al Xólotl de Stuttgart tallado en una roca dura de color verde. Dado que estas investigaciones se centran en los valores estéticos de las mencionadas expresiones, aquí obviamos su reseña y remitimos al lector

al recuento de Eduardo Matos Moctezuma en este mismo volumen conmemorativo de *Estudios de Cultura Náhuatl*.

En contraste, algunos autores optan por investigar obras inéditas o poco conocidas. Entre ellos, López Luján y Javier Urcid (2002) examinan un *chacmool* excepcional que fue descubierto en el claustro de la iglesia de San Andrés en el poblado de Mixquic. A partir de la presencia de un *téhcacatl* poliédrico sobre el abdomen de este personaje, lugar ocupado normalmente por un ara cilíndrica, infieren una eminente función sacrificial del *chacmool*, acorde con una época en la que se exacerbaban los holocaustos. Corroboran tal uso en la obra de Alvarado Tezozómoc, donde el historiador refiere que Ahuítzotl extrajo el corazón de numerosos cautivos sobre una escultura similar durante la fiesta de inauguración del Templo Mayor de 1487. También López Luján, pero ahora en compañía de Marco Antonio Santos (2012), da a conocer un bello *tepetlacalli* de la colección del doctor Milton Arno Leof. Los relieves tallados en los costados de esta caja, alusivos a la secuencia levógira temporal de las direcciones cardinales, se distinguen por una atípica combinación del canon estilístico mexica imperial con glifos del año a la usanza mixteca. Los autores especulan que pudieran ser obra de un artista tlailótlac inmigrado en la Cuenca de México, quien habría tallado el *tepetlacalli* en estilo local, pero imprimiéndole fuertes remembranzas de su cultura de origen.

Ocho artículos más versan sobre grupos de relieves o de esculturas exentas. Navarrete y Ana María Crespo (1971) comparan entre sí los cinco atlantes mexicas tallados en estilo neotolteca que fueron encontrados por Hugo Moedano en el Pasaje Catedral de la ciudad de México. Debido a que los autores desconocen su procedencia, adscriben la escultura mejor tallada a la civilización mexica y las cuatro restantes, más burdas, a la tolteca. Ahí analizan también los relieves del Cerro de la Malinche en Tula, identificándolos correctamente como mexicas por su estilo más refinado y por la manera en que están figurados los cuchillos de pedernal y las espigas de maguey. Otros dos corpus de gran interés son materia para las pesquisas de Matos Moctezuma (1991, 1997). En un artículo compara seis imágenes de Coyolxauhqui —algunas de cuerpo completo y otras que figuran sólo la cabeza—, haciendo énfasis en sus atributos compartidos y sus diferencias. En el otro reúne 30 efigies de Tlaltecuhli y las divide en cuatro tipos de acuerdo con sus atributos y su significado: las masculinas con rostro humano, posición boca abajo y vinculadas al agua celeste fecundadora de la tierra; las femeninas con rostro humano, postura boca arriba y de fecundación o parto; las femeninas con rostro animal, posición boca arriba y devoradoras de cadáveres, y las

masculinas con rostro de Tláloc, relacionadas con las aguas primordiales y la costra terrestre que flota sobre ellas.

A partir del análisis de dos esculturas cerámicas de gran formato descubiertas en la Casa de las Águilas de Tenochtitlan, López Luján y Vida Mercado (1996) sostienen que las imágenes de Mictlantecuhtli dotadas de hígados prominentes obedecen a una elaborada escatología donde se considera a las divinidades de la muerte como las que otorgan y fomentan la vida; según las concepciones nahuas, en dicho órgano se aloja la entidad anímica conocida como *ihíyotl*, la cual era relacionada con el mundo telúrico femenino, la sexualidad, las pasiones, la generación y el crecimiento. En una contribución más, López Luján y Ángel González (2014) dan a conocer una serie de bajorrelieves hallados recientemente al pie del Templo Mayor. Se trata de 27 losas de basalto y andesita pertenecientes a un piso de plaza de la época de Motecuhzoma Ilhuicamina. Conforman tres grupos temáticos de relieves: uno septentrional y alusivo a Tláloc, sus insignias y los símbolos de agua y fertilidad; uno meridional vinculado con Huitzilopochtli y su ámbito bélico, celestial y solar, y uno central asociado a Tlaltecuhltli y la superficie de la tierra.

Los grupos escultóricos de los valles aledaños a la Cuenca de México también son materia de reflexión. Gordon Brotherston (1998), por caso, hace una revisión crítica del conocido estudio de Eduard Seler sobre el simbolismo de los relieves de la Pirámide del Tepozteco, en Tepoztlán, Morelos. El autor coincide con el sabio alemán al relacionarlos con el culto a Tepoztécatl y Ometochtli, al tiempo que los relaciona con las 11 veintenas en que se festejaba a estas deidades del pulque y con eminencias naturales del paisaje circundante. Carlos Álvarez (1983) describe el rico corpus escultórico recuperado en Teotenango entre 1971 y 1975, en el proyecto de Román Piña Chan. Se fija como objetivo establecer una secuencia estilística, por lo que crea cuatro grupos: esculturas con temas ligados a la religión y el calendario, y que datan del Clásico y el Epiclásico; esculturas burdas y antropomorfas del Posclásico temprano y medio; esculturas con motivos semejantes a los petroglifos del cerro que pertenecen a esa misma época, y esculturas de gran calidad e influencia mexicana del Posclásico tardío y el periodo colonial. Mencionemos por último un artículo de Morante (2001) en el que compara el llamado Gigante de Orizaba, Veracruz, con la Piedra Semilla de Tomacoco, Estado de México. Asocia ambos monumentos a conquistas mexicas y los considera inhibidores de futuras rebeliones por sus supuestas alusiones al sacrificio gladiatorio y a Xipe Tótec.

Los siete artículos restantes de este extenso grupo se valen de la escultura como una de tantas evidencias para resolver problemas mayores relacionados con el calendario, el ritual, la cosmovisión, el arte y los contactos a larga distancia. En uno de ellos, Nicholson (1966) examina uno de los símbolos mesoamericanos del año: el bucle de cuerda (*looped cord*), presente en la iconografía de Xochicalco, Maltrata, Yucuñudahui, Quiriguá, Copán, Teotihuacan, Piedra Labrada e, inclusive, Tenochtitlan. Descubre que figura esquemáticamente un mecapal, hecho que se explica en la creencia de que las divisiones temporales eran cargas llevadas sobre la espalda por portadores divinos. En otra contribución, César Lizardi Ramos (1971) conjunta cuantiosas escenas mesoamericanas de individuos vestidos de jugadores de pelota que están semiarrodillados y a punto de ser decapitados, lo cual sugiere se hacía con la finalidad de propiciar a las deidades del agua y de la tierra. Baquedano y Michel Graulich (1993) abordan este mismo tema; a su juicio, las víctimas femeninas e infantiles eran dedicadas a los dioses de la lluvia y de la tierra, en tanto que la sangre obtenida durante el holocausto simbolizaba las serpientes, los campos de cultivo, el maíz y el rayo fertilizador.

En dos largos estudios de argumentación intrincada, Klein (1994, 2000) discute el papel de la mujer en la historia, la religión, la cosmovisión y el arte mexicas. En el primero de ellos, entre otras muchas cosas, intenta explicar el pasaje de la guerra entre Tenochtitlan y Tlaltelolco, en el que un grupo de mujeres desnudas enfrentan a los militares tenochcas. Baste con decir que, en su elucidación, la autora se vale de las imágenes escultóricas de la Coyolxauhqui y la llamada Diosa Verde del Templo Mayor, ésta última identificada por Klein como Tzitzimitl. En un segundo artículo, la autora emprende una pesquisa iconográfica para explicar el cambio en la concepción de las diosas tzitzimime que se registra en época colonial. Entre otros testimonios, se vale de las representaciones pétreas de Cihuacóatl, Tlaltecuhтли, Coatlicue y la mencionada Diosa Verde, a la cual identifica en esta ocasión como Citlalinicue.

Silvia Trejo (2000) nos propone en su texto un viaje a lo largo del tiempo y el espacio mesoamericanos para comparar los distintos cánones visuales de las representaciones artísticas del guerrero victorioso. Esther Pasztory (1984), por último, identifica una serie de esculturas que, a su juicio, habrían sido creadas entre 1519 y 1521 como respuesta a los eventos traumáticos de la conquista española: la efigie de Motecuhzoma Xocoyotzin en las peñas de Chapultepec, acompañada de la fecha 1-Caña, nombre calendárico de Quetzalcóatl; el *tepetlacalli* de Hackmack que representa al mismo soberano junto a Quetzalcóatl y las fechas 1-Caña y 7-Caña asociadas a este dios; un

*xiuhmolphilli* con la fecha 1-Caña, una *tzitzimitl* y una araña que descienden amenazadoramente desde el cielo, y el Xólotl de Stuttgart que tiene esculpidos los días en que bajan las *tzitzimime* a la tierra y que representaría al Quetzalcóatl del ocaso que conduce al Sol hacia el inframundo.

## ESTUDIOS DE MUSEOS Y COLECCIONES

Nuestro rápido recuento de artículos concluye con el valioso relato de Carlos Martínez Marín (1965) acerca de los trabajos de planeación y realización de la Sala Mexica del Museo Nacional de Antropología en 1963 y 1964. Evoca el equipo conformado por Alfonso Caso (quien elaboró el guion y fue el asesor general), el propio Martínez Marín, Carlos Navarrete, Francisco González Rul, Jorge Stepanenko, Julio Prieto, Iker Larrauri, Carmen Antúnez y Luis Covarrubias. No deja de sorprendernos cómo en sólo 20 meses se erigió el nuevo museo y se creó esta sala con 2 500 metros cuadrados de superficie y 9 metros de altura. Martínez Marín describe los 15 módulos temáticos de aquel entonces (introducción de la cultura, antecedentes históricos, lugares de asentamiento, difusión de la cultura, etapas cronológicas, apariencia física y lengua, origen y desarrollo histórico, guerra, ciudad, instituciones económicas, estructura social, religión, conocimientos, artes y oficios, conquista española), así como los ejes museográficos formados por la Piedra del Sol y el *ocelocuauxxicalli* y por la Coatlicue y la gran Xiuhcóatl, en cuya intersección se colocó el popular monito de obsidiana.

## RESEÑAS Y OBITUARIOS

Como señalamos al principio de este artículo, en *Estudios de Cultura Náhuatl* han aparecido hasta ahora 25 reseñas sobre publicaciones total o parcialmente dedicadas a temas arqueológicos. Los autores más activos en este rubro han sido Eduardo Matos Moctezuma (2008, 2010, 2012, 2013, 2014), Miguel León-Portilla (1974, 1989), Jesús Monjarás-Ruiz (1983, 1984), Félix Báez-Jorge (1989, 2012) y Guilhem Olivier (2010, 2012). En cambio, las obras que mayor atención han recibido son las de Matos Moctezuma (Monjarás-Ruiz, 1984; Báez-Jorge, 1989, 2012; De Anda, 2007; Chávez, 2011; Johansson, 2011; Gándara, 2012; López Luján, 2012; Ladrón de Guevara, 2014; Romero Galván, 2015), aunque también se han comentado crítica-

mente los libros de Félix Báez-Jorge, Benjamin Keen, Michel Graulich, Jordi Gussinyer, Sara Ladrón de Guevara, Jacqueline Larralde de Sáenz, Miguel León-Portilla, Daniel Lévine, Alfredo López Austin, Leonardo López Luján, Alessandro Lupo, Luisa Migliorati, Román Piña Chan, Durdica Ségota, Eric Taladoire, María Teresa Uriarte y Sergio R. Vásquez.

Como es lógico suponer, la mayoría de las publicaciones sometidas a escrutinio versan acerca del mundo mexicana, fundamentalmente sobre visiones de conjunto (Vázquez, 1986; De Anda, 2007; Matos, 2008) y las que tratan específicamente del ciclo vida-muerte (Báez-Jorge, 1989, 2012; Chávez, 2011; Johansson, 2011), el recinto sagrado de Tenochtitlan (Monjarás-Ruiz, 1984; Alcina, 1999; Matos, 2010; Olivier, 2010), las artes plásticas (León-Portilla, 1974; De la Fuente, 1998) y la práctica del sacrificio humano (Navarrete, 2007). En las reseñas también se ponen bajo la lupa libros relativos a asuntos panmesoamericanos como la evolución histórica y cultural de la superárea (Ochoa, 1974), el juego de pelota (Monjarás-Ruiz, 1983), la indumentaria indígena (Olivier, 2012) y las colecciones de arte prehispánico (León-Portilla, 1974), además de obras que se refieren a áreas culturales o sitios específicos de Mesoamérica como el Golfo de México (Matos, 2013), Cempoala (Matos, 2012) y Cacaxtla (Matos, 2014). En este recuento no podemos olvidar las reseñas concernientes a las historias de la arqueología mexicana y mundial (Gándara, 2012; López Luján, 2012; Ladrón de Guevara, 2014).

Para concluir nuestro recorrido, hablemos brevemente de la sección de obituarios, en donde seis de ellos se han dedicado a la memoria de grandes arqueólogos y antropólogos físicos, tanto nacionales como extranjeros y todos ellos colaboradores de *Estudios de Cultura Náhuatl* (Matute, 1971; Sodi, 1972; León-Portilla, 1980, 2002; Matos, 2007; Olivier, 2008). Nos referimos a las figuras señeras de Alfonso Caso (1896-1970), César Lizardi Ramos (1895-1971), Juan Comas Camps (1900-1979), José Alcina Franch (1922-2001) y H. B. Nicholson (1925-2007) que han sido claves en el desarrollo de nuestra “ciencia de las cosas antiguas”.

VOLUMEN	AÑO	Presentación del volumen	Publicaciones de lengua y literatura	Documentos	Estudios clásicos	Traducciones	ARTÍCULOS	Artículos sobre arqueología	Arqueología precientífica	Modelos y definiciones	Estudios regionales e interregionales	Sitios y segmentos de sitios	Edificaciones y rasgos arqueológicos	Ecodatos y artefactos	Iconografía de escultura	Museos y colecciones	RESEÑAS	Reseñas sobre arqueología	OBITUARIOS	Obituarios sobre arqueólogos
1	1959	1	1				8	2						1	1					
2	1960	1	1				15	2	1						1					
3	1962	1		1			8	1						1						
4	1963	1					16	3				2			1					
5	1965	1		1			14	2	1							1				
6	1966	1	1				14	2							2					
7	1967	1		1			11	1						1					1	
8	1969	1					12													
9	1971	1	1				12	3						1	2				2	1
10	1972	1	1	2			11	1	1										2	1
11	1974	1					12	2	1						1		4	2		
12	1976	1		1			17	2	1	1										
13	1978	1					15	1							1		5			
14	1980	1	1				16										3		2	1
15	1982	1	1	1			11										2		2	
16	1983	1	1	1			12	2	1						1		2	1		
17	1984	1	1				16	7			1		2	4			2	1		
18	1986	1	1	1			13	1		1							5	1		
19	1989	1	1	5			15	2			2						4	2		
20	1990	1	1	3			15	1				1					4			
21	1991	1	1				20	1							1		3		1	
22	1992	1	1				19	1			1						3		1	
23	1993	1	1				17	2					1	1			5			
24	1994	1	1				19	2		1					1		4			
25	1995	1	1	3			18										3		1	

VOLUMEN	AÑO	Presentación del volumen	Publicaciones de lengua y literatura	Documentos	Estudios clásicos	Traducciones	ARTÍCULOS	Artículos sobre arqueología	Arqueología precientífica	Modelos y definiciones	Estudios regionales e interregionales	Sitios y segmentos de sitios	Edificaciones y rasgos arqueológicos	Ecodatos y artefactos	Iconografía de escultura	Museos y colecciones	RESEÑAS	Reseñas sobre arqueología	OBITUARIOS	Obituarios sobre arqueólogos
26	1996	1	1				22	2					1	1	9		2			
27	1997	1	1				21	2					1	1	3					
28	1998	1	1				17	2							2	6	1			
29	1999	1					11									6				
30	1999	1	1				14									5	1			
31	2000	1	1	1			15	2							2	3				
32	2001	1	1				16	2			1				1	6				
33	2002	1	1	1			13	1							1	5		3	1	
34	2003	1	1				17	1			1					11				
35	2004	1		1			11	1				1				8		2		
36	2005	1	1				16	2				1	1			4				
37	2006	1	1				16	2		1		1				3				
38	2007	1	1				16	3	1			1	1			8	2	1	1	
39	2008	1					14	2	1				1			4	1	1	1	
40	2009	1	1				15									7				
41	2010	1					14									7	2			
42	2011	1	1		1	1	15	1	1							7	2	1		
43	2012	1			1	1	6	1							1	9	3			
44	2012	1			1	1	8	1						1		8	2	2		
45	2013	1			1	1	7									5				
46	2013	1			1	1	6									6	1			
47	2014	1			1	1	6	1							1	3	1	3		
48	2014	1			1	1	8	1	1							3	1			
49	2015	1			1	1	6	1						1		1	1			
TOTAL	49	49	30	23	8	8	666	69	7	3	4	6	9	12	27	1	186	25	27	6

